

DANIEL COSÍO VILLEGAS  
Y SU PAPEL COMO INTELLECTUAL EN EL CONTEXTO DE  
SU ELITELORE  
CONTRA EL PARTIDO OFICIAL  
VISTO EN TRES ÉPOCAS:  
1964-1965, 1995, 2008

Por James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie

ESTUDIO ESCRITO EN EL MARCO DE LA REEDICIÓN DE  
SU HISTORIA ORAL:

*Daniel Cosío Villegas: Un protagonista de la etapa constructiva de la  
Revolución Mexicana* (México, D.F.: El Colegio de México, 2011)

Por James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie

[http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume16/5fall2011/Daniel\\_Cosio\\_Villegas.pdf](http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume16/5fall2011/Daniel_Cosio_Villegas.pdf)

PARA CONMEMORAR  
EL 70 ANIVERSARIO DE  
EL COLEGIO DE MÉXICO EN 1938

Y

EL 90 ANIVERSARIO DEL  
NACIMIENTO DE DON DANIEL 1898

DCV Visto por los Wilkie en tres Épocas: 1964-1965, 1995, 2008:

Si fuéramos pintores de la escuela impresionista no nos inquietaría que nuestros trazos de brocha gorda sobre el complejo cuadro de la “Revolución” Mexicana fueran vistos como una simplificación excesiva. No obstante, confiamos en la indulgencia de los lectores al recrear el pasado, así como el “Elitelore” de don Daniel Cosío Villegas (23 de julio de 1898-10 de marzo de 1976) y de don Jesús Silva Herzog (14 de noviembre de 1892-13 de marzo de 1985), quienes, por ejemplo, entablaron un debate implícito con el afán de dilucidar quien de ellos fue el primero en prever, en los albores del decenio de los 40, la crisis de la Revolución.

El análisis del conjunto de nuestras entrevistas de historia oral con líderes políticos e intelectuales, especialmente en México,<sup>1</sup> dio como resultado la teoría del

<sup>1</sup> Véase James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, *Frente a la Revolución Mexicana: 17 Protagonistas de la Etapa Constructiva*, (México, D.F.: UAM), 4 volúmenes (Editor general: Rafael Rodríguez Castañeda):

Vol 1. *Intelectuales: Luis Chávez Orozco, Daniel Cosío Villegas, José Muñoz Cota, Jesús Silva Herzog* (1995);

Vol. 2. *Ideólogos: Ramón Beteta, Manuel Gómez Morín, Miguel Palomar y Vizcarra, Germán List Arzubide, Juan de Dios Bojórquez* (2001);

Vol 3. *Líderes: Salvador Abascal, Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Jacinto B. Treviño* (2002);

Vol 4. *Presidente y Candidatos: Vicente Lombardo Toledano, Juan Andreu Almazán, Ezequiel Padilla, Emilio Portes Gil* (2004)

“Elitelore,”<sup>2</sup> que implica una constante del comportamiento de los personajes entrevistados cuyo efecto era perceptible en las diferentes versiones o interpretaciones sobre un mismo acontecimiento. Las variaciones se producían con el paso del tiempo.<sup>3</sup>

Las discrepancias que suelen surgir entre diferentes interpretaciones de un momento histórico a veces ocasionan dudas sobre la veracidad de las declaraciones del entrevistado. La realidad es que cada persona, en especial un líder para quien su imagen pública es de suma importancia, construye, consciente o inconscientemente, su “verdad”, la cual se basa en su propio mito de autoafirmación.

Además, la información limitada con que cuenta un personaje político o intelectual afecta su percepción de un hecho histórico. Y aunque en nuestras entrevistas de historia oral tratamos de discernir la diferencia entre la “verdad del momento” y la “verdadera verdad,”<sup>4</sup> lo importante es que la verdad del momento —fuera verdad o no— influye en la historia, y a veces hasta cambia su rumbo, como en el caso en que Cosío construyó la base de su Elitelore al decir una mentirilla con respecto a su fecha y lugar de nacimiento, que él aclaró en nuestras entrevistas, y como él mismo admite, surgió de su deseo de identificarse con este siglo y con el grupo de jóvenes revolucionarios que eran originarios de la provincia.

Durante la relectura de nuestras entrevistas con Cosío y de las discusiones que sostuvimos con ambos personajes, expuestas en la Introducción al primer volumen de *Frente a la Revolución Mexicana* (pp. xli-l, 1995) observamos que la visión que Cosío expuso en “La Crisis de México” cambió entre 1947, año de publicación de ese artículo, y la fecha en que lo entrevistamos, 1964 y 1965 —unos diecisiete o dieciocho años, si suponemos que lo escribió en 1946.

También hemos reflexionado sobre la forma en que la visión de Cosío en 1947 subsiste a la luz de los 62 años que han transcurrido desde 1946, y los 44 años, desde la última entrevista de historia oral que tuvimos con él en 1964.

Más allá de esa reflexión, durante las huelgas ocurridas entre 1958 y 1960, que pusieron en jaque el poder del partido oficial —cuatro años antes de que nos contara su historia oral—, cabe preguntarse ¿cómo afectó el contexto de aquella época la visión de Cosío sobre la Revolución?

El advenimiento de la era posterior a Cárdenas suscitó dudas entre los intelectuales mexicanos sobre el curso de la Revolución. Su reticencia surgió más bien en forma de rumores que de cuestionamientos formulados en voz alta —digamos, mediante la publicación de artículos o ensayos—. A menos de que las credenciales revolucionarias de quien se atreviera a hacerlo fueran impecables, poner la marcha de la Revolución en

<sup>2</sup> Véase James W. Wilkie, *Elitelore* (Los Angeles: UCLA Latin American Center Publications, 1973), reproducido en Jorge Balán (ed.), *Las Historias de Vida en Ciencias Sociales: Teoría y Técnica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1974, Segunda Parte.

<sup>3</sup> Véase Rafael Rodríguez Castañeda, “[Mis] Entrevistas con los Wilkie” en el Prefacio (pp. ix-xliii) de *Frente a la Revolución Mexicana* (Vol. II (2001), especialmente pp. xxv. [http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume6/3summer01/teorias\\_wilkie.htm](http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume6/3summer01/teorias_wilkie.htm)

<sup>4</sup> Esta frase es de Víctor Paz Estenssoro, quien distingue en su Historia Oral de su vida en la *Revolución Estatista de Bolivia* entre la “verdad” según sus ministros y consejeros, la que tuvo que aceptar al calor de los momentos de acción durante su presidencia entre 1952 y 1964, y la “verdadera verdad” que pudo identificar al pasar el tiempo histórico y al tener más información, puntos de vista, y oportunidad de reflexionar sobre esos “momentos”.

tela de juicio hubiera significado cancelar la carrera personal. Bajo las reglas del partido oficial, únicamente una sólida fama pública del autor hubiera protegido cuestionamientos verdaderos.

Después de la eufórica —aunque problemática— era de Lázaro Cárdenas, la concepción sobre el significado de la Revolución de los intelectuales mexicanos dio grandes bandazos. Algunos quedaban atribulados (aunque sólo unos cuantos pudieron publicar sus preocupaciones) a medida que observaban cambios en las actitudes presidenciales y en el subsiguiente curso de los acontecimientos, que parecían apartarse del cuidado primordial que se debía a las masas.

Durante el decenio de los cuarenta, el mundo intelectual quedó traumatado cuando Cosío y Silva comenzaron a expresar su pesimismo y se preguntaban si el capítulo revolucionario se había cerrado en 1940. Cualquier teoría que insinuara la muerte de la Revolución estaba destinada, con certeza, a ser interpretada como un desafío a la ideología del partido oficial, el cual consideraba a la Revolución como entidad sacrosanta e imperecedera.

A medida que Alemán y Ruiz Cortines comenzaron a ofrecer estímulos y patrocinio a los intelectuales mediante la subvención de revistas (como *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, fundada en 1946), muchos de ellos abandonaron la enorme desconfianza que les provocaba el nuevo estado unipartidista, y en general, acabaron por ver al partido oficial como órgano abierto a la crítica y al debate —los intelectuales siempre desean ser tomados en serio por los políticos—, aunque, desde luego, hubo excepciones, como la de José R. Colín, quien en 1950 escribió “La Revolución Mexicana: R.I.P.” (*Excelsior*, 21 de noviembre), un artículo donde argumentaba que las revoluciones, por su propia naturaleza son transitorias e incapaces de sostener indefinidamente un régimen revolucionario.

Durante el período 1958-1960 los pensadores mexicanos consideraron como un desatino total la reacción de López Mateos contra los trabajadores huelguistas. Según su reclamo, lo que demandaban eran mejores salarios y condiciones de trabajo en ramas industriales que iban del sistema de comunicación, estatal, y las telecomunicaciones, y a los sectores de la docencia. (A diferencia de las huelgas contra el Gobierno, las huelgas contra el sector privado no constituían una potencial “traición”). Carlos Fuentes planteó *La muerte de Artemio Cruz* (1962) como una metáfora de la muerte de la Revolución Mexicana; un lento y sistemático colapso de un sistema en estado de descomposición.

Ante los acontecimientos ocurridos entre 1958 y 1960 Cosío dio la impresión de adoptar una visión muy confiada. En cuanto a su percepción en 1960, debemos agradecer a Stanley R. Ross haberlo invitado ese año a la Cátedra Montgomery en la Universidad de Nebraska, donde dictó la conferencia titulada “La Revolución Mexicana entonces y ahora”. En esta conferencia convertida en artículo, Cosío examinaba, como lo había hecho en 1947, si la Revolución constituía o no un capítulo cerrado, considerando si su espíritu de “esperanza, progreso y promesa” permanecía aún vivo. Este artículo apareció en un volumen titulado *Cambio en América Latina: las Revoluciones Cubana y Mexicana*

*comparadas* (1961), publicado por la Universidad de Nebraska y reimpresso como el octavo documento del libro *Is the Mexican Revolution Dead?* que Ross editó en 1966.<sup>5</sup>

Para los Estados Unidos, la lucha laboral en México parecía a primera vista como un hecho insignificante comparado con la Revolución de Fidel, pero tras bambalinas, el Departamento de Estado del Gobierno Norteamericano (especialmente durante el período 1953-1959, en que el secretario fue John Foster Dulles) se empeñó en que durante 1958-60 fueran aplastados los huelguistas en México, algunos de los cuales tendían a ver el fidelismo como un modelo para el país. Las relaciones secretas entre la CIA y Díaz Ordaz, secretario de Gobernación de López Mateos, aseguraron que muchos huelguistas fueran heridos y encarcelados bajo el cargo de “disolución social”, delito que tipificaba una ley draconiana legislada a toda prisa durante el gobierno de Alemán para someter las agresivas posturas de la fuerza laboral.

En la Universidad de Nebraska, más que enmarcar sus señalamientos sobre los excesos del gobierno de López Mateos durante sus primeros dos años en el poder, Cosío centró sus observaciones en lo que llamó el dilema real de México (y del mundo en nuestros días, añadiríamos): ¿debe México crecer con rapidez en beneficio de quienes se encuentran en la cúspide de la pirámide social o a un ritmo más lento, con el propósito de beneficiar a los estratos más bajos de la sociedad? Con gran optimismo, Cosío afirmó su plena confianza en que México encontraría la ruta correcta, y muy pronto.

Por cierto, López Mateos ganó la candidatura a la Presidencia de México porque el partido oficial reconoció que no podía continuar la práctica de ungir a otro secretario de Gobernación, como había sido costumbre. Por lo tanto, volvió la vista hacia López Mateos, el primero que obtuvo la presidencia desde un sector diferente, la Secretaría del Trabajo. Durante los últimos años de su mandato, López Mateos finalmente se retractó del uso irracional de la violencia, política con la cual recuperó cierto apoyo del sector laboral y de los intelectuales.

Entre 1963, 1964 y 1965, años en que realizamos el grueso de nuestras entrevistas de historia oral en México, descubrimos que a la mayoría de los intelectuales les satisfacía que se preservaran las expectativas de la Revolución. Muchos se mostraron optimistas cuando López Mateos se declaró “de extrema izquierda dentro de la Constitución” poco después de haber asumido la Presidencia, el primero de diciembre de 1958. Con tal declaración y el ofrecimiento de beneficios a los trabajadores, a quienes finalmente ayudó, parecía fraguar una nueva personalidad; imagen contradicha posteriormente por su inesperada arremetida contra la clase obrera.

Manuel Marcué Pardiñas resultó ser la excepción más notable a este optimismo de los intelectuales: a principios de los sesentas se dio cuenta de que López Mateos volvería a la tradición de designar al Secretario de Gobernación como candidato a la Presidencia. Marcué supo que el partido oficial no podía darse el lujo de sufrir otro vacío de poder en el prolongado lapso que media entre la elección del Presidente en el mes de julio, al final de cada sexenio, hasta el primero de diciembre, día de la toma de posesión. Marcué supo que el Secretario de Gobernación era el único miembro del gabinete que disponía de la información política para “gobernar” desde el momento del destape y asumir la

---

<sup>5</sup> Publicado en México bajo el título "La Revolución Mexicana Entonces y Ahora", por Stanley R. Ross en sus selecciones sobre el tema ¿Ha muerto la Revolución Mexicana? (México, SEP-Setentas, 1972, y reeditado por Premia Editora, en 1979 con ampliaciones y selecciones que lo actualizaron

presidencia con pleno conocimiento de los problemas que el partido oficial enfrentaría en su afán de mantener el monopolio del poder.

Marcué mismo nos contó el plan que había puesto en marcha como forma de evitar que el partido oficial designara a Díaz Ordaz, Secretario de Gobernación, como candidato a la presidencia, satanizándolo. En muchas portadas de *Política* y en varios reportajes y artículos, Marcué exhibió a Díaz Ordaz como energúmeno con mentalidad de dictador, brutal, e implícitamente, como autor de una oculta “guerra sucia” contra opositores del partido oficial —caracterización que el futuro probaría, y que también involucró a Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo.<sup>6</sup>

Marcué fue el visionario que a principios del decenio de los 60 previó que Díaz Ordaz representaba una fuerza perversa en la política mexicana —lo cual confirmamos posteriormente—; perversidad de efecto prolongado cuya extensión, podemos decir, engendró a un presidente como Echeverría, quien a su vez engendró a José López Portillo, a quien correspondió concluir el liderazgo de la Guerra Sucia encubierta.

Hemos calculado la duración de esta Guerra Sucia desde el año 1965 (antes del ataque abierto, sin motivo que lo justificara, sobre la ciudadanía en la Plaza de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968) hasta 1978,<sup>7</sup> Sin embargo, con gran ironía, habrá quienes argumenten que los intelectuales que caracterizaron a Díaz Ordaz no solamente como feo en apariencia sino de feo comportamiento, lo indujeron a cometer asesinatos por venganza y a emprender la Guerra Sucia contra los disidentes o contra cualquier contra-élite que pudiese sugerir un movimiento político serio contra la democracia unipartidista de México.

En 1966 Stanley R. Ross, quien no había tomado en cuenta las previsiones de Marcué, dejó que sus escritos transmitieran entre líneas una visión optimista: afirmaba que a mediados de los sesenta la Revolución había alcanzado el punto de equilibrio: marchaba sobre la senda correcta. Según Ross, a pesar de sus fallas, la Revolución había sido y estaba en el proceso de obtener avances notables para un creciente número de mexicanos en materia de salud, educación, industria y comercio. Además de mostrar varias facetas del tema que a discusión, en *Is the Mexican Revolution Dead?*,<sup>8</sup> Ross contestó la pregunta que el título del volumen plantea con una negación. Veía en la Revolución muchas señales de vida (Véase la Introducción que escribió Ross). Más aún, Ross concluyó con una síntesis de un capítulo de Frank R. Brandenburg sobre los logros de la política económica de México, esquema positivo publicado en 1964.<sup>9</sup> Desafortunadamente, Ross no tomó en cuenta a Marcué en ninguna edición de su libro, ni en 1975 en inglés, ni en las ediciones en español.

Tiene importancia reexaminar quién fue el primero en cuestionar lo que estaba pasando con la Revolución y con el surgimiento de un Estado unipartidista, resultante de la transición pacífica de la presidencia a Ávila Camacho, y posteriormente a Alemán. En

<sup>6</sup> Las pruebas salieron a la luz entre 2001 y 2006, cuando finalmente el PAN derrotó al partido oficial y el Presidente Vicente Fox abrió los archivos secretos del Gobierno de México. Mientras tanto, el Gobierno de Estados Unidos estaba abriendo sus propios archivos secretos sobre México.

<sup>7</sup> Cfr. Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta / Los archivos prohibidos de la prensa y el poder* (México, D.F.: Random House, 2007).

<sup>8</sup> (New York: Knopf, 1966; segunda edición: Philadelphia, Temple University, 1975). Traducido como *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* (México, D.F.: Sep-Setentas, 1972 y Premia Editora, 1979).

<sup>9</sup> Ver Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1964).

“La Crisis de México” *Cuadernos Americanos* (XXXII, Marzo-Abril de 1947) Cosío detectó que esta circunstancia entrañaba una “falla” de la Revolución para alcanzar una de sus metas, que consistía en prevenir que un hombre o grupo de hombres retuviera indefinidamente el control de la presidencia.

El hecho de que Cosío hubiera publicado su análisis sobre la Crisis de México en *Cuadernos Americanos*, revista cuya publicación se había iniciado en 1942 bajo la dirección editorial de Silva, aporta el contexto para que algunos intelectuales consideren lo que constituye un debate implícito entre Silva y Cosío respecto de quién de los dos fue el primero en percibir la crisis de la Revolución.

A principios de 1943 Silva escribió que veía a la Revolución Mexicana en crisis, debido al colapso de la moralidad y al auge de la corrupción. Este artículo, aparecido en *Cuadernos Americanos*, XI, Septiembre-October, dio la pauta para ampliar la crítica hacia el partido oficial.

En 1947 a Cosío le preocupaba que unas cuantas personas o algún grupo tuviera la intención de mantener el poder de manera permanente bajo pretexto de actuar de manera “democrática”.

En 1949 Silva continuó su “asalto” sobre el partido oficial al declarar “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico” (*Cuadernos Americanos* XLVII, Septiembre-October). Este ataque iba más allá que su artículo de 1943 y fue un complemento del artículo de Cosío Villegas de 1947.

En realidad, ambos fueron pioneros al analizar aspectos en disputa durante la crisis del decenio de los cuarenta; y posteriormente, en los cincuenta y sesenta, los intelectuales, incluso Silva y Cosío, se encontraban ante el dilema de cómo mantener su relevancia si declaraban muerta la revolución permanente del partido oficial. Cosío y Silva implícitamente coincidieron en que el PRI podría rescatar algunas metas “revolucionarias” importantes y continuar obteniendo logros.

El nombramiento de Díaz Ordaz a la presidencia (1964-1970) planteó una nueva crisis, ya que se sabía que éste manifestaba una actitud severa contra la “indisciplina política” de los críticos del partido oficial. Tanto Cosío como Silva sugirieron que existía la esperanza de que Díaz Ordaz pudiera tener éxito en reformar el PRI, siempre y cuando éste mostrara mayor flexibilidad en lo político y superara su desconfianza hacia los intelectuales y líderes sindicales. Desafortunadamente, la opinión de Marcué resultó ser la más acertada, ya que Díaz Ordaz fue aun más rígido y vil de lo que el primero había pronosticado.

Durante 1968, Cosío Villegas y Silva Herzog quedaron consternados con las acciones de Díaz Ordaz. Tal violencia reflejaba las irracionales políticas de Lyndon B. Johnson (1963-1969), a la sazón, presidente de los Estados Unidos, un creyente del folclor texano: “Dispara primero y pregunta después”, quien por entonces enviaba tropas estadounidenses a Vietnam, como en 1965 las había enviado a la República Dominicana. Pero pocos tenían noticia de lo cerca que el Presidente Díaz Ordaz y Echeverría, su secretario de Gobernación, estaban de la CIA. Sugerimos ver las revelaciones de Jefferson Morley en “LITEMPO: “Los ojos de la CIA en Tlatelolco”,

<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB204/index2.htm>

Cosío Villegas se calmó cuando Echeverría manifestó una actitud receptiva al *establishment* cultural mediante un diálogo con los intelectuales, abrigando la esperanza de que abriera la crítica al Gobierno y dejara espacio para el sector privado. Esta esperanza se fundaba en la posibilidad de influir en la solución de los equívocos del poder estatista.<sup>10</sup> Silva había apoyado siempre el desarrollo del “Capitalismo de Estado” en México, pero no del estatismo totalitario de Díaz Ordaz y de Echeverría.

El ascenso de Echeverría al poder fue percibido con cierta expectativa alentadora porque uno de los principales integrantes del gobierno entrante —Porfirio Muñoz Ledo, quien ocupó la Secretaría del Trabajo entre 1972 y 1975—, llegaba con nuevas ideas.

Aunque ahora sabemos que Echeverría ordenó el ataque a los manifestantes del 10 de junio de 1971, en que decenas de personas fueron asesinadas a raíz de la primera protesta callejera después del 2 de octubre de 1968, inmediatamente después del ataque, Echeverría convenció a los intelectuales de que el verdadero motivo de los asesinatos había sido el empeño de los dinosaurios del partido oficial por desacreditar su plan de apertura a la democracia.<sup>11</sup>

Fundados en su fe en la razón, Cosío y Silva creyeron que podían trabajar en el interior del sistema que Cárdenas había establecido a partir de 1934. De manera directa o indirecta, ambos contaron con el patrocinio y el apoyo del Gobierno para fundar varias instituciones.

La inquietud creativa de Cosío y Silva tuvo como fundamento la etapa constructiva de la Revolución, que tantas instituciones creó durante el decenio de los veinte.

En 1928 Silva fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas y la *Revista Mexicana de Economía*, como medio de expresión de ese instituto. De esta revista aparecieron cuatro números entre 1928 y 1929, año en que Cosío fundó la revista *Economía*, iniciativa editorial complementaria del impulso a la carrera de Economía en la Sección de Estudios Económicos de la Facultad de Jurisprudencia de la UNAM, y posteriormente, en la Escuela Nacional de Economía, fundada por un grupo de economistas que Cosío encabezó.

Los estudiantes de la nueva disciplina demandaban bibliografía sobre la materia, y ante la inexistencia de libros de Economía en español, Cosío comenzó a publicar en enero

---

<sup>10</sup> Silva declara en nuestra entrevista de historia oral con él (*Frente a la Revolución Mexicana: Jesús Silva Herzog*, vol. 1, p 396): “ En mi último artículo... ‘México a cincuenta años de su revolución’ [enero-febrero de 1964], al final hago mi profesión de fe y doy como soluciones una mayor intervención del Estado en la vida económica para llegar a un Capitalismo de Estado con apoyo popular y después a un socialismo democrático o una democracia socialista. Me parece que sería deseable que en este país, donde tanta sangre se ha derramado a través de los lustros... pudiéramos ir evolucionando de un intervencionismo de Estado término medio a un mayor intervencionismo de Estado, y luego a un capitalismo de Estado con apoyo popular —no fascismo— y después llegar a una democracia socialista o a un socialismo democrático, vaciándonos en nuestros propios moldes, no imitando al socialismo soviético o al socialismo polaco, sino un socialismo de conformidad con nuestra historia...”

<sup>11</sup> Cfr., Ross (*¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, Prefacio a un epílogo y a una quinta edición. Premia Editora, 1979, México) y dos libros de Krauze (*Biografía Intelectual de Daniel Cosío Villegas* México, D.F. Mortiz, 1976) y también *Biografía del Poder*, Fábula Tusquets, Editores. 6ª reimpresión. Julio de 2006. México).

de 1934 *El Trimestre Económico*, a imagen y semejanza del *Economic Quarterly*. Meses después, en 1934 impulsó la fundación del Fondo de Cultura Económica, cuyo primer libro, *El dólar plata*, apareció en 1935. En ese año se incorporó Silva a la Junta de Gobierno del FCE, editorial que Cosío Villegas dirigió durante trece años.

A consecuencia de la misión diplomática que le encargó Cárdenas en 1938, de rescatar a un grupo de intelectuales españoles de los peligros que entrañaban el alzamiento franquista y la guerra civil, el propio Cosío fue fundador y formalmente, secretario de la Casa de España en México, que pronto se perfiló como institución de estudios superiores. Cuando esto ocurrió, Cosío ideó la transformación en El Colegio de México, fundado en octubre de 1940.

Aunque Cosío solía criticar el caciquismo en cualquier situación y oficialmente fungió nada más como secretario, director durante dos años y presidente de 1960 a 1963, inevitable e irónicamente fue considerado por muchos como el eterno líder moral, así fuera tras bambalinas, de El Colegio de México.

Silva encauzó la inquietud de los intelectuales republicanos españoles al fundar *Cuadernos Americanos*, cuyo primer número apareció en diciembre de 1941 con fecha de enero-febrero de 1942. Por su parte, con el propósito de que cada Centro de Estudios “tuviera una revista que recogiera los trabajos de sus profesores y estudiantes”, Cosío desplegó toda su energía para fundar en 1960 la revista *Foro Internacional*, que creó simultáneamente con el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

Paralelamente al empeño de Cosío por establecer la profesión de estudios económicos y obtener reconocimiento académico oficial para los “economistas” en México, Silva trabajaba en su papel de organizador de los bancos agrícolas ejidales, la Dirección de Estadística Económica, la Biblioteca y los Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público para fomentar en México la creación y expansión de la profesión en materia de desarrollo económico. Cuando lo entrevistamos en 1964, Silva exigía que se incluyeran más economistas en la oficina de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México.

En 1964 Silva lamentaba el hecho de que sólo hasta principios de los sesenta hubieran empezado a figurar plazas de economistas en el Presupuesto de Egresos del gobierno federal.

Considerando la extensión de nuestras conversaciones con Cosío y Silva (muchas de las cuales no fueron grabadas), entendemos que ambos comprendían que ellos mismos (y todo México) afrontaban un serio problema: El país parecía destinado a vivir en una Revolución mítica, que había cobrado vida por sí misma —y que por demás, poseía una doble personalidad. Por un lado, la bienintencionada; por el otro, la cruel y codiciosa. La cuestión era cómo vivir en medio del mito y cambiarlo.

En sus *Memorias* (1976, pp. 259-263),<sup>12</sup> Cosío, en su papel de lo que llamamos aquí “intelectual público,” relata su intercambio de correspondencia con Díaz Ordaz

<sup>12</sup> Cuenta Cosío: “Separado ya del gobierno, comencé a escribir en Excelsior el 16 de agosto de 1968, es decir, cuando la rebeldía estudiantil acababa de sufrir el primer golpe, pero aprestándose a encrespase más colérica todavía. Vi con mis propios ojos, al salir de la Central de Publicaciones, en la Avenida Juárez, los tanques del ejército, dispuestos a disparar contra cualquier grupo humano que avistaran. En



tocante a las confrontaciones en el verano de 1968 entre los “estudiantes”<sup>13</sup> y el gobierno, previas a la famosa matanza perpetrada por el Batallón Olimpia el 2 de octubre en Tlatelolco.

En el último párrafo de una carta de Díaz Ordaz a Cosío, fechada el 16 de agosto (dos páginas llenas y escritas a renglón cerrado) el Presidente le explicaba por qué la había escrito:

“Un hombre [como yo] tan preocupado por nuestra juventud y que todavía repara en los riesgos que yo corrí, es un hombre a quien puedo explicarle (ya que no puedo hacerlo con todos los demás, aunque debería poder) por qué en México no se esperó, para actuar, a estar de verdad al borde de la guerra civil.”

Cosío aclara al respecto:

“Esta última frase se refería a mi artículo, en que decía yo que, al borde de la guerra civil, el presidente De Gaulle había solicitado apoyo del ejército francés, que se lo otorgó, “pero —añadía yo— en el claro y terminante entendimiento de que no dispararía sobre los estudiantes”. Casi al final de su carta, el Presidente me decía que debía yo tenerla como estrictamente personal, de modo que no debía darla a la publicidad, y “ni siquiera transmitirla a otras personas”. Respeté esta indicación hasta el punto de no acusarle recibo de ella al Presidente.

“Han pasado siete años, que tienen sepultado en la historia este episodio; pero una historia dolorosa, pues quizás como ningún otro documento, esta carta revela que el sufrimiento de Díaz Ordaz era profundo y lacerante de verdad. Lo demuestra así, desde luego, el argumento tontísimo que opone a mi artículo:

---

mi artículo pinté así la situación: “Todos los que vieron la actuación de esas fuerzas [las policíacas y las militares] se sobrecogieron de espanto ante el espectáculo de una sociedad, cuya vida debe descansar en la razón y en la justicia, quedar a merced de la anarquía vandálica de los estudiantes y de la fuerza bruta y ciega de la autoridad oficial.” Desde las diez de la mañana comenzó a cundir la alarma en mi casa: como mi teléfono es “privado” (lo cual quiere decir que lo conoce todo el mundo), quien lo busca en el directorio no lo encuentra, pero sí el de mi hermano Ismael, el médico, y por eso lo usan para pedirle mi número. Hacía ya una buena hora —me dijeron de casa de Ismael— estaba llamando personalmente un señor Cisneros, aquel nada tranquilizador secretario privado del presidente Díaz Ordaz, “y le hemos dicho y repetido que desconocemos la dirección y el teléfono de Daniel.” El jefe del estado mayor presidencial apeló a El Colegio Nacional, mientras un subordinado suyo hacía igual investigación en El Colegio de México. Al atardecer la cosa parecía haberse calmado, de modo que me permití el lujo de salir de la casa para pasear por el jardín. Y en esas andaba cuando apareció como fantasma llovido del cielo un militar que preguntó por mí. Emma, que estaba cerca de la verja, le dijo que no estaba yo, pero aquel oficial sonriente, replicó: “Veo que allí está don Daniel.” No tuve más remedio que ir a la reja, clavando los ojos en la cadena y el candado con la esperanza de que estuvieran bien puestos. Experto en el miedo, acentuó su sonrisa y me dijo: “Tengo el encargo del señor Presidente de entregarle a usted en mano este sobre.” Increíblemente, le pregunté si eso era todo, me dijo que sí, y se marchó tras de cuadrarse marcialmente.

<sup>13</sup> En México, el grupo llamado genéricamente “estudiantes” han incluido “dinosaurios” (quienes no se gradúan, para beneficiarse de la condición que la sociedad concede a los estudiantes, así como de privilegios escolares tales como el derecho de obtener descuentos en bienes y espectáculos, usar albercas, gimnasios, etc.) tanto como líderes de grupos de choque —llamados “porros”— (en representación de partidos políticos; grupos de inteligencia de muchos países del mundo), y ciudadanos que gozan de identificarse con la vida universitaria.

‘Dudo que usted haya estado presente en las conversaciones entre el Presidente De Gaulle y sus viejos compañeros de armas franceses, para estar enterado de esta condición que señala.’

“Por supuesto que yo me basaba en lo que la prensa francesa de todos los matices dijo entonces, y que nunca fue desmentido por nadie. En todo caso, sobra decir que la exigencia de ser testigo presencial de los hechos haría imposible toda historia, cosa que yo resentía de un modo especial, pues hacía veinte años estaba trabajando la del Porfiriato. El Presidente agregaba:

‘Dudo también que usted conozca realmente cuáles fueron las condiciones en que intervino el Ejército Mexicano. Sí hay un hecho evidente: en México, ni del ejército ni de la policía hubo un solo disparo contra los estudiantes, y no hubo un solo muerto.’

“(Esta última afirmación, claro, se hacía el 16 de agosto.) El dolor del Presidente brotaba en buena medida de comparar los événements de Francia con los de aquí: De Gaulle había salido del enredo vigorizado, mientras que Díaz Ordaz no —decía. Pero, según los expertos franceses, Francia no se recuperaría en siete años de las pérdidas económicas que produjera la rebeldía estudiantil y las huelgas obreras que la acompañaron. México, en cambio, había evitado “perder su solidez económica (y quizás algo más)”. Pero era asimismo verdad que “en nuestra mano no estuvo el poder evitar que se deteriorara la imagen de la Nación”.

“No me cabe la menor sombra de duda de que el presidente Díaz Ordaz sufrió lo indecible por aquellos días, y que buscaba angustiado una persona simplemente dispuesta a escuchar, y capaz de reflexionar por encima de las partes en conflicto, y sobre todo ajena a su gobierno. Lo demuestra así que a la hora escasa de leer mi primer artículo, escribiera esta carta, así como el tono y las expresiones que acabo de comentar. Pero lo revela también su reacción ante mi segundo artículo, del 23 de agosto. En una segunda carta decía:

‘Al acabar de leer su artículo publicado hoy en Exélsior, me nace darle las gracias muy sentidas por la cálida comprensión humana.’

“Esto de la “cálida comprensión humana” se debía a que en ese segundo artículo pintaba yo a la *“grey estudiantil”* *compuesta de una masa informe, pasiva, pero descontenta por un sistema de enseñanza basado exclusivamente en la explicación oral de profesores rutinarios, masa que por eso representaba un polvorín pronto a incendiarse y estallar ante la chispa de algunos de los muchos pequeños grupos de radicales de diez o doce credos políticos distintos y antagónicos que la azuzaban.* (Destacamos en itálicas lo que nos interesa enfatizar).

“Por eso Díaz Ordaz iniciaba esta su segunda carta con un elogio encendido:

‘Hace mucha falta que alguien con autoridad moral, con indiscutible personalidad que la salve de ser mal interpretado o distorsionado, diga la verdad, con sencilla naturalidad, y explique, al mismo tiempo, cómo ha ido desentrañándola.’

“Pero [Díaz Ordaz] explicaba por qué esas supuestas prendas más le impresionaban:

‘Para un hombre angustiado como yo, que quisiera satisfacer a todos; pero que sabe la imposibilidad de lograrlo, y que se enfrenta a diario al dilema de decidir qué debe defenderse y qué debe sacrificarse; ¡qué aliento sentir que existe otro hombre que entiende las dificultades y trata de orientar!’

“El Presidente no me pidió considerar su segunda carta como “absolutamente personal”, de modo que le acusé recibo de ella con unas cuantas líneas; pero, aún así, hasta hoy hago una referencia pública o privada a ambas. No me volvió a escribir, cosa bien natural, desde luego, porque no era el caso de que siguiera comentando cada uno de los numerosos artículos que escribí sobre el conflicto estudiantil, y después, porque sin dejar de criticar la actitud de los estudiantes, cada vez los fui justificando más y más, al mismo tiempo que me metía yo con mayor firmeza con el gobierno. Mi comentario, por ejemplo, a la ocupación militar de la Universidad no podía haber sido más duro, entre otras razones porque dando muestras de cobardía, la secretaría de Gobernación hizo publicar un escrito anónimo (y en consecuencia, carente de toda legalidad) tratando de justificarla.”

En su intento por encontrar un punto de equilibrio en su papel como intelectual público, era importante para Cosío definir el papel de los “intelectuales” mexicanos. Enrique Krauze en su libro *Daniel Cosío; una biografía intelectual* hace un excelente resumen del proceso del pensamiento de Cosío al escribir su notable ensayo intitulado “El intelectual mexicano y la política”<sup>14</sup>.

En su análisis de la vida intelectual de Cosío, Krauze muestra también el conflicto que el propio Cosío experimentaba entre (i) la esperanza de que al fin un presidente mexicano, Echeverría, estuviera dispuesto a aceptar el análisis y crítica de parte de los intelectuales, y (ii) el desencanto que sufrió al caer en cuenta que Echeverría padecía de “locuacidad, oscuridad, simpleza, ingenuidad, ignorancia, desorden, prisa, torpeza”.<sup>15</sup>

Según Krauze:

“El torbellino de nuevas leyes y medidas que discurrió Echeverría pasó por el escrutinio de Cosío cada sábado en *Excelsior*. Muy pronto, en febrero de 1971, se soltó el rumor de que el Presidente estaba harto de sus críticas y que lo expulsaría del país. La idea de exiliarse con más o menos gloria no le disgustaba del todo...

“Llegó la matanza del 10 de junio de 1971 y, como casi todo el mundo intelectual mexicano, Cosío creyó la versión de que había sido una trampa fraguada contra el Presidente. A seis meses de la toma de posesión, Cosío estaba (casi) convencido de que la apertura democratizadora que Echeverría preconizaba era sincera. La prueba mayor de su fe en la buena voluntad (frase de la época) presidencial fue la aceptación del Premio Nacional de Letras en octubre de 1971...

<sup>14</sup> Cosío, “Politics and Mexican Intellectuals,” *Texas Quarterly*, 8:4, pp. 38-48; también en Cosío, *Ensayos y notas*, (2 tomos; México, D.F.: Editorial Hermes, 1966), tomo II, pp. 141-168.

<sup>15</sup> Krauze, *Biografía Intelectual de Daniel Cosío Villegas* (Tusquets. Primera edición, 2001, México), , p. 261.

“Su apoyo moral al Presidente no podía ser más claro: recibía el Premio por la única razón de que en México «comenzaba a respirarse un clima de libertad política...»

“Con el segundo año de gobierno vinieron las primeras dudas, de si el crédito otorgado a Echeverría no había sido excesivo....

“La visita de Salvador Allende a México en noviembre de 1972 fue un nuevo abono al pasivo de la presidencia de Echeverría....

“Echeverría provocaba un enfrentamiento inútil con los empresarios sin ganarse el crédito de los obreros. Y lo peor era la cantinela diaria, el uso y abuso de la palabra. Meses más tarde, en marzo de 1973, Cosío notó la manifiesta incapacidad del Presidente para ceñirse a un pensamiento y expresarlo con claridad y economía. Echeverría hablaba ya *urbi et orbi*: ofendía al gobierno checoslovaco... cinco años después de la invasión rusa; desafiaba a los periodistas del Times de Londres en una conferencia de prensa, a que publicaran sus opiniones supuestamente revolucionarias...

“En abril siguió la feria de viajes internacionales... A esas alturas, los rasgos que Cosío veía en el Presidente no tenían ya ribetes piadosos: locuacidad, monomanía, desequilibrio, imperfecciones incorregibles que se acentuarían con el tiempo:

“Echeverría cree que su voz será escuchada y atendida por todos los mexicanos desde luego, pero también por los grandes monarcas y los poderosos jefes de Estado del Universo... Se había perdido toda noción de grado en los gastos del Estado para beneficio de la imagen presidencial...

“Uno de los temas que intrigó a Cosío fue el enfrentamiento de Echeverría con los empresarios. No cabía duda de la justeza en el propósito de subordinar los intereses de estos a los del Estado. Pero ¿el mejor método para lograrlo era el choque frontal? ....Un ejemplo de contradicción: pretender que el CONACYT promoviera una política de empleo y decretar, al mismo tiempo, que sus egresados no podrían trabajar en la industria privada. Nacionalismo o empleo-fines encontrados.

“En septiembre de 1973, a raíz del Tercer Informe de Gobierno en que Echeverría maltrató con palabras a la inflación, Cosío tachó implícitamente de irresponsable al Presidente...

“La intolerancia públicamente manifiesta de Echeverría le planteó nuevas incógnitas que, sin embargo, no pasarían a mayores hasta principios de 1974, cuando al regresar de un viaje Cosío se encontró con la pésima novedad de que editado por un fantasma, escrito por un fantasma y distribuido espléndidamente a todo el mundo político e intelectual... por un fantasma, circulaba un libelo que lo difamaba...

Cosío relata el asunto en sus *Memorias*:

“Un buen día apareció en todas las librerías de la ciudad (y supongo que también en provincia) una preciosa edición bajo un sello editorial visiblemente inventado y con el título llamativo de *Las polémicas de Daniel Cosío Villegas*. Se reproducían allí los textos de unas tres polémicas que había tenido yo años antes con ciertos escritores oficialistas, si bien se agregó una crítica que me había hecho un general por no haber elogiado calurosamente la obra gubernativa de don Lázaro Cárdenas, crítica de la que yo nunca me enteré, de modo que aquí no hubo polémica alguna. Parecía ser fiel la reproducción de los textos; pero era indudable que sin revivir el momento en que esas polémicas ocurrieron, el autor de esa publicación parecía conseguir su propósito de hacerme aparecer como un monstruo irracional y colérico...

“Pero el ataque a fondo se produjo más tarde con la publicación de un folleto titulado *Dany, el sobrino del Tío Sam*, cuyo tiro fue calculado por expertos en unos cincuenta mil ejemplares, que se distribuyeron profusamente en toda la República. El folleto contenía dos partes bien distintas, y sin duda escritas por dos personas. La primera pretendía ser una mezcla de autobiografía y biografía, y la segunda un análisis de mi obra escrita. Baste decir que la parte autobiográfica se basa en un supuesto diario mío, que jamás he llevado, ni entonces, ni antes ni después. La inexactitud de los datos que se manejan en la parte biográfica la revelan mil hechos, digamos éste: se me hace vagando y explotando por Los Ángeles, Estados Unidos en 1930, a los espaldas—mojadas. Pues bien, yo fui a Los Ángeles por la primera vez en mi vida cuarenta años después, y eso apenas teóricamente. En el aeropuerto de esa ciudad me esperaba el profesor James Wilkie, quien me llevó en su auto a un hotel en Santa Mónica, donde se celebraba la IV Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericana.”

Tres o cuatro días después de la publicación del libelo, a instancias de la Presidencia, Cosío concedió una entrevista a un comentarista del *Washington Post* quien “sacó rápidamente de su maletín un ejemplar del libelo, y me dijo: “[*This is*] a *government’s job*” Y agrega Cosío: “Por si algo faltara, otro corresponsal extranjero, éste del *Times* de Londres, me mandó un recado diciéndome exactamente lo mismo.

Según Cosío: “Estas experiencias me llevaron a ponerle unas líneas a Fausto Zapata —a la sazón, subsecretario de la Presidencia— donde se las relataba, y le aseguraba que a mí, personalmente, no me perjudicaría esa publicación; pero sí al gobierno, a quien todo el mundo se la atribuía. Por esta razón, me parecía necesario que el Presidente estuviera informado del asunto.”

Los intentos de Cosío por dialogar con Echeverría en una cena en Los Pinos fracasaron y sólo dieron como resultado una sugerencia del Presidente de que Cosío organizara una cena en su casa y lo invitara. Cosío a su vez sugirió que ésta fuera una “cena de trabajo,” y que varios intelectuales participaran en las discusiones.

Cosío cuenta en sus *Memorias* la historia del resultado de la última cena con el Presidente en su casa:

“El día mismo de la comida las cosas comenzaron mal, después empeoraron, para terminar bien. Por lo pronto, don José López Portillo se presentó a la una y treinta, es decir, media hora antes de lo convenido. Los demás invitados, en

cambio, estuvieron puntualísimos: Mario Moya, Fausto Zapata, Julio Scherer, Octavio Paz, Víctor Urquidí y Mario Ojeda...

“En cuanto nos sentamos a la mesa informé que se trataba de una “reunión de trabajo” destinada a examinar el problema de la relación de los intelectuales con el gobierno y la prensa periódica, que por eso estaban presentes funcionarios encumbrados del gobierno, intelectuales, y Julio Scherer como director del diario más importante del país. Asimismo, que yo fungiría de director de los debates, y por eso le pedía al Presidente que hablara primero. En seguida advertí que no estaba dispuesto a dialogar, sino a sermonear —su viejo vicio. Dijo que hallaba a los intelectuales muy intolerantes. Estuve tentado de saltar para decirle que si cambiaba esa palabra por la de “exigentes”, nos pondríamos de acuerdo pero dada su exaltación, callé.

“En seguida, dirigiéndose a Octavio Paz, le pidió explicar cómo después de servir al gobierno largos años, se había separado de él para criticarlo. La cola de la pregunta era visible, pues todo el mundo estaba enterado de que Octavio se separó del Servicio Exterior al producirse la matanza de Tlatelolco. Por fortuna, Paz se mantuvo sereno: todos nosotros —dijo— fuimos educados gratuitamente en las escuelas públicas del país; por consiguiente, salimos de ellas con la noción de que debíamos pagarle a la Nación esa deuda, y como la Nación se identifica con el gobierno, lo servimos. Puede llegar un momento, sin embargo, en que su conducta haga aparecer al gobierno como representante o defensor de otros intereses que no son propiamente los nacionales, y entonces, se separa uno de él.

“Pero el Presidente no se aplacó, pues en seguida le disparó un dardo provocativo a Scherer y más tarde a Víctor Urquidí. Los dos contestaron, visiblemente molestos, con calor, de modo que aquello comenzaba a tener un aire, no de conversación, sino de disputa. La cosa se agravó porque el Presidente, en un rasgo muy suyo, había arrastrado literalmente a mi hija Emma hasta el comedor para que participara en la discusión. Como no estaba previsto un asiento más, hubo que traerle una silla para que se sentara junto al Presidente, pero sin tener acceso a la mesa, de modo que se quedó sin comer. Pero Emma —que se las trae— aprovechó la oportunidad de que alguien pronunció la palabra “lambisconería” para hacer un discurso en que presentó la adulación como el peor vicio nacional. ¡Y eso en presencia de tres secretarios de estado y de un subsecretario!

“Miré entonces mi reloj, que marcaba cinco y diez de la tarde, hecho que me permitió decir que se terminaba la discusión dado que las señoras estaban a punto de llegar. Pasamos a la sala, y dispuse sentar al Presidente en uno de los dos sofás grandes, y a la señora Echeverría en el segundo, para que los otros dos asientos de cada sofá fueran ocupados un rato por los nuevos invitados. Así, todos y cada uno tendrían oportunidad de conversar con don Luis y doña María Esther. Los dos estuvieron cordiales y platicadores, de modo que se ganaron la simpatía de los concurrentes. Esta parte de la reunión, ya de un carácter meramente social, alcanzó un éxito tan grande, que a las nueve de la noche la señora Echeverría le dijo a su marido que era ya hora de marcharse, y el Presidente le dijo: “Espérate, que ya nos van a servir la cena.” La señora le dijo que no fuera fresco, se puso en pie y comenzó a despedirse.

“Fue esa la última vez que vi a nuestro Presidente.”

Según Krauze:

“[También] en 1974, Cosío publicó en la revista *Plural* un ensayo sobre la relación tripartita entre intelectuales, prensa y gobierno. Quiso ser su última aparición en público. En el fondo se trataba de un lamento: era difícil ser intelectual en México y más difícil aún ser intelectual independiente con el gusto o la vocación de escribir semanalmente sobre temas políticos.”

Ya desde 1964 Cosío se quejaba en nuestras entrevistas de que “el intelectual mexicano no ha sido un actor verdadero de la Revolución Mexicana o un creador de la Revolución Mexicana; ha sido un consejero..., y esto en sus últimas etapas, ... casi [cuando] la Revolución Mexicana ha dejado de ser mucha Revolución Mexicana.... El caso agudo es el de Cárdenas. Cárdenas ha tenido una profunda desconfianza de todos los intelectuales.”<sup>16</sup>

Al generalizar sobre el papel del intelectual en la vida pública, Cosío pasó por alto a algunos pensadores que influyeron considerablemente sobre la Revolución Mexicana. Por ejemplo, Plutarco Elías Calles como Cárdenas fueron profundamente influidos por Frank Tannenbaum (catedrático de la Universidad de Columbia) en efecto reconocido en México como “ciudadano honorario” por su dedicación al estudio de la historia de México y los muchos años en que vivió y viajó por todo el país. También Vicente Lombardo Toledano ejerció cierta influencia sobre Calles y Cárdenas (el primero lo veía como un personaje negativo en la historia de México y el último como una figura positiva). Cárdenas tuvo gran admiración por Silva. En 1938 lo designó asesor para estudiar la situación de la industria petrolera que culminó con la expropiación de las compañías extranjeras; después lo nombró Gerente General de la recién expropiada Compañía Nacional del Petróleo, 1939-1940, antes de que se le renombrara Petróleos Mexicanos (PEMEX).

Por una parte, Cosío y Silva coincidían en su concepción del papel de los intelectuales: estos debían poner su intelecto al servicio de la nación, no al de una ideología. Silva parecía ver con agrado el papel del joven intelectual al servicio del gobierno en la persona de su hijo, Jesús Silva Herzog Flores. En varias ocasiones nos mencionó lo mucho que gozaba de sus pláticas con él, quien trabajaba entonces al servicio del Gobierno —y los dos Silva hablaban de los problemas, éxitos y el futuro de la política económica gubernamental. Cuando conocimos a Jesús Jr., era Director de la Oficina Técnica del Banco de México (1964-1968). Muy pronto empezó su ascenso en el escalafón de puestos gubernamentales:<sup>17</sup> coordinador del Banco de México (1969-1970); director general de Crédito en la Secretaría de Hacienda (1970-1972); director general de INFONAVIT (1972-1976); gerente general del Banco de México (1977-1978); director general de Crédito, Secretaría de Hacienda (1978-1979); subsecretario de Hacienda (1979-1982)

<sup>16</sup> Ver nuestra historia oral con Cosío, p. 144 en la Parte A de esta Revista de PROFMEX 16;3 también ver Wilkie y Wilkie, *Frente a la Revolución Mexicana*, Tomo I, p. 193.

<sup>17</sup> Esta cronología se basa en Roderic A. Camp, *Mexican Political Biographies, 1935-1993* (3ra ed: Austin: University of Texas Press, 1995), pp. 675-676.

Jesús Silva Jr. llegó a ser secretario de Hacienda de 1982 a 1986, puesto que le dio la responsabilidad de asesorar a dos presidentes para superar la crisis económica durante la transición de López Portillo a Miguel de la Madrid Hurtado, el primero de diciembre de 1982. Había sido nombrado por López Portillo el 16 de marzo de 1982 y durante ese año le tocó dar sus famosas conferencias dirigidas a México y al mundo para explicar cómo había llegado México a la bancarrota, por razón de la baja de precio de productos y las complicaciones resultantes de obligaciones financieras con bancos extranjeros, y a consecuencia del derroche de López Portillo. Don Jesús se habrá sentido orgulloso de que su hijo Chucho, expresándose en buena parte sin leer notas, presentara un análisis brillante que mostraba por qué había llegado a ser catedrático de fama en varias universidades. En sus conferencias no sólo explicó con elocuencia el pasado y presente de la crisis de México de 1982, sino que ofrecía opciones para el futuro.

Tanto a Silva como a Cosío les importaba que el Presidente de México (representante del Partido oficial y del Gobierno) dialogara con los intelectuales y tomara en cuenta sus análisis y críticas del proceso de desarrollo nacional. Según Cosío, “El papel del intelectual es ofrecerle al hombre de acción los elementos de juicio necesarios ... para ilustrar al gobernante los posibles caminos que puede seguir.”<sup>18</sup>

Desafortunadamente, en vez de abrir las puertas a un verdadero diálogo, los intentos de los presidentes Díaz Ordaz y Echeverría por acercarse a críticos intelectuales como Cosío no tuvieron otro propósito que el de conseguir aprobación o loas. No obstante, Díaz Ordaz no logró conseguir la absolución de Cosío con relación a sus actos represivos contra los estudiantes, ni Echeverría pudo sostener el respeto de Cosío cuando éste se dio cuenta de que el Presidente no tenía ninguna intención de dialogar.

Silva Herzog tampoco estaba dispuesto a lanzar loas a la actuación de un presidente hasta no haber hecho un balance de su obra, como nos dijo en nuestra última entrevista con él, citando una frase famosa de Luis Cabrera: “«*El incienso huele bien pero acaba por tiznar al ídolo*» Y yo nunca he sabido manejar el incienso.”

Según Ross,<sup>19</sup> “En los 131 artículos originales —que llegaron a ser 900 páginas de manuscrito, después de haber resumido su esfuerzo semanal—, el Lic. Cosío evaluó crítica y cuidadosamente el proceso político de México, así como el poder presidencial, partido oficial, proceso electoral y el proceso del ‘tapado’ para elegir candidatos presidenciales. Ninguna ‘vaca sagrada’ era inmune a sus flechas al exponer lo que él consideraba la crisis política de su país. En cuanto al choque estudiantil con el gobierno, criticó a ambos partidos. El 16 de agosto de 1968 escribió:

‘Debe inferirse que el gobierno supone que la sociedad está obligada a aplaudir con delirio todas sus disposiciones así sean arbitrarias e injustas. Asimismo, que los estudiantes creen que todos sus actos, sin importar su carácter del más puro vandalismo, escapan al juicio legal y moral de la nación.’<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Ver nuestra historia oral con Cosío, p. 144 de Parte A en esta Revista 16:3; también ver Wilkie y Wilkie, *Frente a la Revolución Mexicana*, Tomo I, p. 194.

<sup>19</sup> *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* (México, SEP-Setentas, 1972, reeditado en 1979 por Premia Editora, con ampliaciones y selecciones que lo actualizaron.

<sup>20</sup> Daniel Cosío Villegas, “Labor periodística”, México, Biblioteca Era, 1972, p. 199, citado por Ross en *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*



Sin embargo, Cosío dirigía su crítica más amarga a la administración y a sus instrumentalidades. “En este caso puede decirse que el gobierno no ha acertado en nada y ha errado en todo... El enemigo del PRI no es el PAN, sino la nación mexicana; parte de ella porque lo detesta, y la otra parte le es indiferente...”<sup>21</sup>

Decepcionado, Cosío no se dio por vencido. En cuanto al partido oficial (a la sazón, el PRI), escribió en 1972 “hay escaso fundamento a las esperanzas de cambio y mejoramiento, pero, como es lo único que nos queda, hay que alimentarlas aunque sea con nuevas esperanzas”.<sup>22</sup>

Ni Cosío ni Silvia podían imaginarse que en 2000 el partido oficial iba a perder la Presidencia de México.<sup>23</sup> Esta pérdida se hizo posible debido a una negociación entre Muñoz Ledo, del Partido de la Revolución Democrática (25 años antes, presidente del PRI) y el presidente Ernesto Zedillo (líder del partido oficial). Muñoz Ledo iría a negociar (como representante del PRD en el Instituto Federal Electoral) con Zedillo el acuerdo de 1996 en que el gobierno cedería el control del proceso electoral en 1997 a un grupo de Ciudadanos Consejeros independientes, nombrados previa aprobación de la Cámara de Diputados. Al perder el gobierno el control del IFE, la derrota del partido oficial en el año 2000 estaría “sellada”.

¿No es una ironía que Echeverría, el presidente de quien tanto se ocupó Cosío, haya tenido que responder a cargos de genocidio debido a los acontecimientos de 1968 y 1971 ante el tribunal de opinión pública y los tribunales de justicia, dado que Díaz Ordaz y López Portillo habían fallecido?

---

<sup>21</sup> Cosío *ibid.*, pp. 199, 263.

<sup>22</sup> Cosío, *El sistema político mexicano* (México, D.F.: Joaquín Mortiz, 1972) pp. 107-116. Ver, también, “El nuevo partido”, *Plural*, Núm. 15 (diciembre de 1972), pp. 10-11.

<sup>23</sup> Pero no en más de la mitad de las 32 entidades federales, donde el PRI todavía conserva grados de influencia y poder considerables. También persiste el sistema corporativista de gobierno en el cual los sindicatos ejercen mucha influencia en las decisiones del gobierno nacional y de los estados.